

El trabajo de la madera tuvo continuidad desde la época prehispánica hacia la colonial. Curiosamente sus fines utilitarios y religiosos parecen haber continuado bajo escenarios diferentes.

El primer carpintero que llegó a tierras de los incas fue Pedro de Anadel, quien estuvo presente en la captura del Inca Atahualpa en 1532. A medida que se fundaban las ciudades era necesario la presencia de más artesanos, en especial los dedicados a la construcción de viviendas. Además, otras formas de trabajar la madera fueron ejecutadas por hábiles especialistas como el carpintero de lo blanco, de lo prieto y violeros (encargados de la fabricación de instrumentos musicales) y los escultores de madera (entalladores, ensambladores, pintores, doradores) especializados principalmente en retablos (esculturas religiosas de madera).

Con el tiempo, la población nativa con habilidades en este oficio se incorporó de manera informal. La belleza de los grandes retablos de iglesias y conventos de Lima colonial fueron testigos del grado de excelencia del trabajo de los maestros artesanos de la madera.

Por otro lado, el arte de la confección de muebles alcanzó un alto nivel que hacía gala de elegancia, simetría y proporción de sus formas. Los ebanistas empleaban cedro, caoba, teca y pino radiata en sus diferentes calidades. Dichas maderas llegaban por barcos al puerto del Callao desde Centro América, Guayaquil y Chile.